

La Iglesia «Cuerpo Místico de Cristo»

De todas las figuras bíblicas, la más noble, la más excelente y la más apta para describir la naturaleza íntima de la Iglesia es, sin duda, la del **cuerpo místico**.

No en vano el Concilio trata de ello en párrafo aparte, con una larga disertación acerca de las enseñanzas y riquezas que este símbolo encierra.

Se ha dicho que entre el «estilo didáctico» usado por Jesús y el de Pablo, dista una enorme diferencia en cuanto que el Divino Maestro se nos manifiesta más bien como «observador de la naturaleza» acudiendo al método sencillo y empírico de las comparaciones y parábolas en las que entran en escena los pájaros, los lirios, el campo y los sembrados, etc. etc.; mientras que su grande Apóstol se nos revela como un eximio «psicólogo», hombre de profundas reflexiones teológicas y místicas. Tal variedad de estilo resalta particularmente en lo concerniente a la didáctica sobre el «mistero de la Iglesia»: ambos nos exponen la misma realidad, pero Jesús prefiere revelárnosla mediante la bella y elocuente alegoría de la «vid y los sarmientos» (Jn. cap. 15); en cambio San Pablo, tomando por fundamento el cuerpo humano, acude a la grande enseñanza del «Cuerpo místico» en su doble aspecto de unión con la Cabeza, que es Cristo, y solidaridad entre los miembros...

Esta doctrina aparece a cada paso en las cartas Paulinas, deduciendo el Apóstol las grandes conclusiones sobre la necesidad de mantenerse los miembros armónicamente unidos a la «Cabeza, Cristo, de quien todo el Cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas que llevan la nutrición según la actitud propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor» (Ef. 4, 15-16).

Es por el bautismo que fuimos incorporados a Cristo, de suerte que todos los bautizados formamos un solo cuerpo, cuya Cabeza es Cristo; y el que da unidad y cohesión a todos los miembros es el Espíritu que todos recibimos igualmente por el bautismo y la confirmación. Oigamos esta doctrina de labios del mismo Apóstol:

Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra todo en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común

Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

En efecto, el cuerpo no se compone de un solo miembro, sino de muchos. Si dijera el pie: «Puesto que no soy mano, yo no soy del cuerpo» ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Y si el oído dijera: «Puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo» ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde quedaría el oído? Y si fuera todo oído ¿dónde el olfato?

Ahora bien, Dios puso cada uno de los miembros en el cuerpo según su voluntad. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo. Ahora bien: **VOSOTROS SOIS EL CUERPO DE CRISTO, Y SUS**

MIEMBROS CADA UNO POR SU PARTE (I Cor. 12, 4-7, 12-18, 26-27).

El aspecto o enseñanza moral en que más insiste San Pablo, es en lo referente a la responsabilidad de los miembros respecto a la unidad y crecimiento del Cuerpo en caridad: «Siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros» (Rom. 12, 5); «él mismo dio a unos el ser apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelizadores, a otros, pastores y maestros, para el recto ordenamiento de los santos en orden a las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo» (Ef. 4, 11-13); «¡aspirad a los carismas superiores! Y aún os voy a mostrar un camino más excelente. Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles... aunque tuviera el don de profecía... aunque tuviera plenitud de fe... aunque repartiera todos mis bienes y entregara mi cuerpo a las llamas, SI NO TENGO CARIDAD NADA ME APROVECHA» (I Cor. 12, 31; 13, 1-3), etc. etc.

La vitalidad doctrinal y pastoral de esta metáfora de la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo, nos la presenta nuestro Concilio maravillosamente resumida, si bien ha necesitado de largos párrafos para lograrlo. Oigamos algún fragmento:

El Hijo de Dios, encarnado en la naturaleza humana, redimió al hombre y lo transformó en una nueva criatura (Gál. 6, 15; II Cor. 5, 17), superando la muerte con su muerte y resurrección. A sus hermanos, convocados de entre todas las gentes, los constituyó místicamente como su cuerpo, comunicándoles su Espíritu.

La vida de Cristo en este cuerpo se comunica a los creyentes, que se unen misteriosa y realmente a Cristo paciente y glorificado por medio de los sacramentos. Por el bautismo nos configuramos con Cristo: «Porque también todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu» (I Cor. 12, 13). Rito sagrado con que se representa y efectúa la unión con la muerte y resurrección de Cristo: «Con El hemos sido sepultados por el bautismo, para participar en su muerte, [mas si] hemos sido injertados en El por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección» (Rom. 6, 4-5). En la fracción del pan eucarístico, participando realmente del cuerpo del Señor, nos elevamos a una compenetración con El y entre nosotros mismos. «Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan» (I Cor. 10, 17). Así todos nosotros quedamos hechos miembros de su cuerpo, «pero cada uno es miembro del otro» (Rom. 12, 5)

Es necesario que todos los miembros se asemejen a El hasta que Cristo quede formado en ellos (cf. Gál. 4, 19). Por eso somos asumidos en los misterios de su vida, conformes con El, consueptados y resucitados juntamente con El, hasta que corramos con El (cf. Fil. 3, 21; II Tim. 2, 11; Ef. 2, 6; Col. 2, 12, etc.). Peregrinos todavía sobre la tierra siguiendo sus huellas en el sufrimiento o en la persecución, nos unimos con El, para ser con El glorificados (cf. Rom. 8, 17): LG. n. 7.

P. Agustín M.^a Forcadell, O. Carm.